

# INDAGACIONES ACERCA DE LA IDENTIDAD DE LO ECUATORIANO

Juan Valdano

Uno de los personajes de la novela de mi autoría *Mientras llega el día* (relato cuyo tema histórico se sustenta en los acontecimientos que vivió la ciudad de Quito en 1810), el profesor Pedro Matías Ampudia, discípulo imaginario de Eugenio Espejo y continuador de sus ideas libertarias, trata de explicar a Julián, un arriero indio, cuál es el origen de esta sociedad andina en la que lo indio y lo español se encontraron un día, se fundieron luego, durante siglos sin que hayan dejado de rechazarse mutuamente. Dice el profesor Pedro Matías Ampudia:

"..... un indio como vos y un criollo como yo somos, al fin y al cabo, hijos de la misma violencia. Hijos del fenomenal puyazo que, con saña, dieron unos aventureros cachondos que llegaron aquí hace unos tres siglos: con esa fanática cachondez que solo la España de Torquemada y de los Pizarro podía dar y que, al darlo, dejaron abiertos desfloramientos, heridas y caminos por los que, aún hoy, corre sangre y corre rencor y corre gente, tanto que da miedo: que da miedo, sí, por el inmenso griterío que esa sangre y esa gente elevan al cielo. Recuérdalo Julián, engendro somos de la discordia que todo lo funde y confunde, que todo lo mezcla e iguala; pues, si al principio lo blanco era muy blanco y lo cobrizo muy cobrizo, con el trajinar de tanta gente y el correr de tanta agua, lo blanco se ha acobrado y lo cobrizo se ha blanqueado. Cuando al amanecer me despierto, una pregunta me asalta con frecuencia: ¿quién soy? (Editores Libresa, Quito, 1997. P.85)

Averiguar ¿quién soy? o, en el caso de todo un pueblo ¿quiénes somos?, constituye, en otras palabras, desentrañar los contenidos de la esencia de una vida humana, individual o colectiva, esencia que, no de otra forma, se ha ido haciendo a través del devenir de una existencia en el tiempo y en la historia. Me atrevería a decir que aquí, en el párrafo citado de mi novela, se ha planteado la esencia de nuestro origen mestizo. Tratar de descifrar los posibles significados que guardan los rostros de un pueblo y de una cultura es tarea compleja, por no decir imposible. Es cosa bien probada que los seres humanos no tenemos, por lo general, una representación clara de la sociedad a la que pertenecemos y, menos aún, un concepto definido de nuestra identidad colectiva. Todo intento de tal clarificación resulta, a la postre, un balance provisional de un fenómeno en el que irremediablemente estamos inmersos y cuya naturaleza se asemeja al río de Heráclito, esto es: la inestabilidad y el cambio.

Toda inquisición acerca de la identidad colectiva de un pueblo nos lleva a los orígenes. Por ello, toda explicación de *lo que somos* debería partir de la averiguación de *lo que hemos sido*. En mi ensayo *Prole del vendaval* he buscado indagar en los hechos del pasado, en las actitudes y comportamientos de los hombres de ayer, el posible origen de las actitudes y comportamientos de los hombres de hoy. La historia no siempre es un retorno ameno a un mundo en el que fuimos; en su ámbito es inevitable el encuentro con los fantasmas familiares de nuestras pesadillas. Lo importante no es rehuirlos, sino el saber asumir esas pesadillas como carne nuestra y al asumirlas hacer, con la sustancia real de ellas, grandes cosas que perduren y nos expliquen, a nosotros mismos y a otros hombres, *qué es lo que somos*.

### El ser "otro"

En fecha tan temprana, como 1571, López de Velasco en su *Geografía y descripción universal de las Indias* observaba ya que los hijos de los españoles que nacen en América "que llamas *criollos* y en todo son tenidos y habidos por españoles, conocidamente salen ya diferenciados en la color y en el tamaño.... Y no solamente en las calidades corporales se mudan, pero en las del ánimo suelen seguir las del cuerpo, y mudando él se alteran también". Así pues el *criollo*, tal como empezó a llamarse al hombre del Nuevo Mundo, había hecho su aparición en la historia. Bernardino Sahagún, el compilador de la memoria azteca, anotaba en 1568 en su *Historia general de las cosas de Nueva España*: "los que en ella nacen (es decir los hijos de españoles nacidos en América) muy al propio de los indios, en el aspecto parecen españoles y en las condiciones no lo son: los que son naturales españoles si no tienen mucho aviso, a pocos años andados de su llegada a esta tierra *se hacen otros*; y esto pienso que lo hace el clima o constelaciones de esta tierra".

Ya en el amanecer de la Colonia había el convencimiento de que la tierra americana era de tal naturaleza que transmutaba a las personas volviéndolas otras. Hacerse *otro*, ser *otro* (distinto del europeo y distante del indio) tal como lo percibían ya, desde los inicios de esta sociedad, algunos observadores perspicaces, constituye sin duda uno de los aspectos que atañen al modo de ser propio de este nuevo tipo humano que había surgido en América. La realidad ambigua del criollo y del mestizo no dejaba de tener cierto interés y despertar desconfianza en la Europa de los siglos XVII y XVIII. En criollos y mestizos, hombres de ese fabuloso mundo colombino, seres híbridos en esencia, las paradojas se encarnaban: lo exótico se volvía cotidiano y la fantasía cobraba cuerpo.

El criollo se sentía incómodo con este encasillamiento de ser un “otro” frente al peninsular. En todo se sentía un español, por la sangre, por la tradición, porque reclamaba a España como su “Madre Patria” y a la que profesaba todas sus fidelidades. Sin embargo, esa España no lo reconocía como un hijo suyo.

Es interesante ver cómo criollos y mestizos, a lo largo de todo este proceso de filiaciones y desdeños, van descubriéndose en el espejo, aún borroso, de su identidad a través del arte primero y de la reflexión histórica y crítica, después, actitudes que darán lugar a un pensamiento humanista sobre lo americano que, si bien no fue sistemático, dará paso a corrientes ideológicas que desembocaron en el conocimiento de su ser histórico<sup>1</sup>.

El *ser otro* por esencia es el mestizo. En la sociedad colonial el mestizo era “otro” para el criollo por la parte india que latía en su sangre y, a su vez, para el indio era también “otro” porque ese resto que no era suyo era español. Era un ser inestable, dividido, un advenedizo sin asidero social ni moral, rechazado por los dos costados, un tránsfuga de todo y de sí mismo. El mestizo era así un ser patético, la imagen visible de esa “infamia de hecho” que recordaba al español su pecado y a la india su humillación. Para la moral del español, fundada en el honor, el mestizo era la figura de la deshonra; la suya y la de él; y para la moral del indígena, sustentada en el sentimiento de solidaridad comunitaria, el mestizo era el testimonio vivo de esa intimidad violada.

Con el tiempo, la presencia cada vez más definitiva del mestizo fue imponiendo en la sociedad colonial los valores de la dualidad, de la ambigüedad, del esguince; el sentido del rodeo, del retruécano, del juego de palabras. La contradicción y la fuga fue el signo de lo mestiza.

La ilegitimidad esencial del mestizo, su sentido del disfraz, su orfandad lo condujeron, con frecuencia, a la negación nihilista, a la falta de compromiso, al alcoholismo, al fatalismo, a la melancolía, al derrotismo. Cuando el mestizo, junto al indio, enrumbaron por los caminos del arte, la pintura, la escultura, la platería, hallaron en el estilo barroco un lenguaje apropiado para interpretar su situación.. El barroco poseía la capacidad de exasperar las contradicciones; en su intimidad, el mestizo vivía lo mismo. Por ello, el barroco se convirtió en el cauce psíquico apropiado para que el mestizo y el indio encontraran, mediante un lenguaje artístico, una forma de expresar su mundo. *Huairapamushcas* o hijos del viento, tal era la expresión popular, acuñada entonces y aún hoy vigente, para definir la situación existencial del mestizo. Ser *huairapamushca*, ser hijo del viento equivale a ser hijo de nadie, ser un “don nadie”: este era el estigma que arrastraba esta *prole*

*del vendaval*, prole dispersa de un vendaval que agitó la conquista española y cuya violencia despertó huracanes que aún hoy no terminan por dormirse.

### **El enmascaramiento**

Entre los signos que definen al mestizo señalé, entre otros, dos rasgos de especial significación: su sentido del disfraz y su orfandad. Si es que buscamos aquellos rasgos que mejor definen y nos aproximan a una comprensión de lo que fue la manera de ser de la sociedad colonial y su cultura, yo no dudo en señalar que son el enmascaramiento y la orfandad; y más aún considero que, en cierta forma, estos mismos aspectos siguen caracterizando a la sociedad ecuatoriana de hoy.

El personaje más patético de la genial novela *El Lazarillo de Tormes* es ese escudero, hidalgo de espada al cinto que salía al zaguán de su casa a escarbarse los dientes con un palillo simulando haber comido opíparamente cuando, en verdad, su criadito mendigaba en las calles para llevarle un mendrugo de pan. En la España de los Austrias vivir conforme a las apariencias no era mero piamonismo, constituía una manera de ser. En la sociedad colonial quiteña criollos y mestizos, sin pretenderlo ni saberlo, resultaban ser trasuntos de los patéticos personajes de la picaresca española. Y es que entonces - como ahora - el adoptar un disfraz, aquel que a cada uno le conviene, no solo llegó a ser un arte - el de la simulación - sino que además se convirtió en una suerte de *ética de emergencia*, en una necesidad de supervivencia.

En una sociedad en la que el prestigio se fundaba en los valores de la cultura conquistadora, ser indio, participar de los símbolos de lo indígena (como la lengua quichua, por ejemplo) era suficiente para que se lo tuviera por inferior o ilegítimo. Por eso el mestizo, maestro en el arte del ocultamiento, no tuvo otro camino que el vivir del disfraz, la actuación, la baladronada, la mentira, la chacota o el chiste como únicas formas de esconder esa parte indígena que llevaba adentro o aparentar lo que no era, proclamar esa "blancura" que su rostro desmentía. Como el chulla Romero y Flores, el personaje de Jorge Icaza, el mestizo de todos los tiempos ha debido empujar al fondo de su alma a ese indio que todos llevamos dentro. Parecer resulta entonces más importante y útil de ser, aparentar nobleza, riqueza, buenos entronques sociales es más fácil y da mejores resultados que el ser y poseer todo eso. Al menos esa ha sido la ética de nuestro mestizo, la forma de ser de un vividor como el "chulla". Aparentar es lo importante: esta norma de vida ha pasado a constituir, con el tiempo, una forma aceptada de comportamiento de la sociedad toda.

Si el *parecer* era (y continúa siendo) más importante que el *ser*, el ocultamiento de una parte de la verdad propia (aquella que se relaciona con la raíz india) obedeció al íntimo impulso de una condición humana desgarrada por las contradicciones que engendró el mestizaje; el mestizaje surgido no de voluntarios encuentros y mutuas cesiones, sino de desfloramientos y violencias irrogadas por el más fuerte. El engaño volvióse así conducta normal en esa sociedad y el engañar un arte necesario como refinado. Pero a la par que el engañador engaña a los otros mostrándose diferente de lo que es, se desengaña cuando a solas y sin máscaras, debe enfrentarse a sí mismo. Lo que entonces siente es una angustia esencial por el enorme vacío que ha socavado su impostura. Por ello, el engañador huye de sí mismo, huye de su intimidad, aborrece la sociedad y tiene horror al vacío (el "horror vacui" del barroco mestizo), trata de encubrir su vida con temporalidades ajenas sin dejar un resquicio siquiera al silencio. En esta sociedad piramidal el prestigio funcionaba por un curioso encadenamiento de ostentaciones y encubrimientos, de engaños y desengaños: el que estaba arriba justificaba su posición porque era más hábil en encubrir sus raíces indias y ostentar lo que de España había recibido. Ostentar lo hispano y ocultar lo indígena: tal era la norma. Ahora bien, mostrar y disimular, engañar y desengañar fue, precisamente el juego propio del arte barroco quiteño, un arte en el que el mestizo, por misteriosos impulsos inconscientes se retrató a sí mismo.

Nuestra sociedad ha alimentado una cultura de la apariencia, de la negación de lo propio y de la ostentación de lo ajeno. Somos comediantes por adaptación social. Si queremos sobresalir en una sociedad en la que todos esconden su identidad hay que ser buen actor. En muchas ocasiones todos sabemos que el discurso de ciertos políticos es una farsa que, a veces, llega al delirio, pero al mismo tiempo todos actuamos como si no lo fuera. Pueblo mitómano, pueblo imaginativo, la mentira es nuestra mayor flaqueza pero también la fuente de nuestro ingenio. La mentira nunca es sana, pero entre nosotros puede ser lucrativa aunque siempre estéril, porque a la par que nos niega nos empequeñece. Lo que entre nosotros se llama la "viveza criolla", aquella capacidad de engañar con ingenio y salir indemne del trance, ha sido, desde los siglos coloniales, uno de los métodos para alcanzar el éxito y la notoriedad. En nuestra historia brillan los "vivos"; a los dictadores criollos les ha caracterizado la audacia, la crueldad y la "viveza". Mentimos sobre nosotros mismos, creamos para los demás un ser diferente del que somos y así pronto, falacia tras falacia, nuestra verdad ha sido olvidada. El actor se vuelve cómplice del personaje que representa. El camino de las paradojas entonces está abierto: la máscara se convierte en nuestra faz y la mentira en una forma de la verdad. Somos auténticos en la mentira y en las verdades falaces. El disfraz no puede arrancarse sino con una parte del rostro.

## La orfandad

La sensación de orfandad era general en la sociedad colonial. El indio, el mestizo, el criollo vivían, cada uno a su manera, una profunda orfandad que hacía que todos se sintieran ilegítimos. En general, la sociedad colonial fue una sociedad sin padre.

Después de la muerte de Atahualpa - considerado el gran padre que velaba por cada miembro del incario - y ante el inevitable derrumbamiento del panteón aborigen, el indio debió sentirse un ser sin asidero alguno, ni divino ni humano, desprotegido y huérfano total. El criollo alimentaba también su sentimiento de orfandad cuando constataba que la "madre patria" no lo trataba con la deferencia que él esperaba. Sin embargo, el personaje social en quien más se acrecentó un sentimiento de orfandad fue el mestizo, el ilegítimo, el *huairapamushca* por esencia.

La orfandad del mestizo era ausencia de padre; el progenitor era ignoto o lejano o había muerto. En todo caso era el gran ausente, una paradoja que se define en el *ausente - presente* porque si físicamente no estaba junto a la familia, mentalmente se hallaba en la mira de todos. En esta ausencia crece la imagen de la madre sufrida, embarazada siempre, abandonada, humillada.... La relación del hijo con la madre es muy fuerte; se sustenta en una cadena de abnegaciones, de silencios, de lágrimas furtivas, de palabras reprimidas, de rencor vago. En esta soledad el sentimiento de orfandad crece como un enorme vacío. La carencia de padre busca ser compensada con una adoración obsesiva a la madre. La relación emotiva madre-hijo tiene una connotación que se vincula a lo sagrado, a lo sin mácula y a lo intocable. Mentar a la madre es, entre nosotros, la ofensa más grave que puede hacerse a alguien; para limpiarnos de esa deshonra somos capaces de jugarlos la vida.

En esta red de relaciones impersonales que van conformando la trama de la familia y de la sociedad, cada uno, hombre o mujer, cumple su papel, actúa de acuerdo al paradigma que le corresponde: el varón busca representar al macho dominante, al don Juan criollo enmascarado de sombras y de dudas, al forzador tunante, trasunto del conquistador español; la mujer a la hembra débil, sentimental, complaciente y sufrida, a la madre abnegada, a la esposa traicionada, a la india conquistada. Machismo, por lo tanto, pero también cierto hembrismo masoquista. Los dos representan un patrón de conducta repetido y aceptado por la sociedad hasta conformar una cultura de violencia, del desprecio y del lamento, formas de comportamiento que definen, en gran parte, la vida colonial y que perduran aún

ahora en la sociedad ecuatoriana, a pesar de las modernas corrientes que propugnan la igualdad de los géneros.

He mencionado la existencia de la cultura del lamento. Ello quiere decir que ante las adversidades nuestra reacción es la queja, no la lucha. La poca fe en nosotros mismos y la escasa fortaleza interior hacen que frente a los inevitables infortunios de la vida optemos por el lamento fácil y estéril, el estoicismo, la resignación. En la cultura del Ecuador contemporáneo no hay mejor forma de expresión de esta tendencia que el pasillo. Aunque de origen extranjero, y aclimatado a nuestra música en los años de las guerras de la independencia, el pasillo se quedó en el Ecuador como una expresión propia de la cultura mestiza. En esto se parece al barroco colonial. En efecto, el pasillo es el himno de la desesperanza, la antología del derrotismo. Al igual que su música - expresión de mesticia incurable - sus letras resumen la vida sufrida y ordinaria del ecuatoriano común. Allí, en el pasillo, están todas nuestras tragedias, traiciones, inconstancias, disfraces y blasfemias; en síntesis, nuestra orfandad irredenta.

Para concluir, bien vale la pena volver a una frase de Simón Bolívar que, con mucha lucidez para su tiempo, barruntó la compleja problemática del mestizo hispanoamericano, pues la definió como la situación de una "sociedad heterogénea cuyo complicado artificio se disloca, se divide, se disuelve con la más ligera alteración". Para pueblos como los nuestros la angustia existencial no es un asunto metafísico, como lo fue para los europeos de la postguerra, por ejemplo; es una forma del ser antagonico que en su intimidad vive el mestizo. Quizás sea ésta el trasunto de esa *visión del mundo trágica* que vino con ese catolicismo militante, agónico ("agónico", en el sentido griego, de lucha), dominado por la idea de la culpa y el pecado que nos legó la España de los Austrias y que, trasplantada acá, se convirtió - como todo lo que llegaba a América - en "otra" cosa, esto es, en esta cosmovisión mestiza caracterizada por una agudización de las contradicciones, los contrastes y los claroscuros. Es un problema que atañe más a su esencia que a la existencia. Después de todo, es posible que estas vagas elucubraciones sobre lo mestizo no vengán sino a aumentar la fantasmagoría ya abundante que existe sobre el tema. Si ello es así, no hemos hecho sino añadir una máscara más a las ya existentes sobre el inasible rostro de la identidad de lo ecuatoriano.

Junio, 2000